

PROA



N.º 7

B-AIRES

Robes
Manteaux
Chapeaux
Fourrures
Coiffures
Gants
Parfumerie



Produits
de beauté
Massage
fascial
Manucure
Chaussures
de luxe

AUGUSTE

Esmeralda 1048 U. T. 41, Plaza 1847 Buenos Aires
U. T. 41, Plaza 1806

KERTEUX

LIBERTAD
1249



Buenos Aires
Unión Telefónica 41
Plaza 0831

ANTIGÜEDADES

COMMERCE

COMITÉ DIRECTIVO

PAUL VALERY
VALERY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODEON
PARIS

La Nouvelle Revue Française

Revista Mensual de Literatura y Crítica

II.º AÑO

Director. JACQUES RIVIERE

Secretario: JEAN PAULHAN

Aparece el día 1.º de cada mes

5 RUE DE GRENELLE (VI)
PARIS

INTENTIONS

REVISTA MENSUAL

M. PIERRE ANDRÉ - MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Revue Europeene

REVISTA MENSUAL

COMITÉ DIRECTIVO

EDMOND JALOUX
VALERY LARBAUD
ANDRÉ GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

Aux Editions du Sagittaire en lo de
SIMON KRA

6 Rue Blanche PARIS

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Llega a Buenos Aires hacia el 25
de cada mes

DIRECTOR
E. MARTINENCHE

2 Rue Scribe
PARIS

REVISTA "R O D Ó"



CASILLA 6019
SANTIAGO DE CHILE

EDICIONES SAMET

NOVEDADES

Evar Mendez.—Las horas alucinadas. Nocturnos y otros poemas. (Ilustraciones de Alfredo Guido) . . . \$ 2.50

R. Zapata Quesada.—La infidelidad de Penelope. Primer premio del Concurso Literario de Cuyo . . . \$ 2.50

R. Saenz Hayas.—Blas Pascal y otros ensayos. Estudios sobre autores franceses, españoles e ingleses. \$ 2.50

C. Sabat Erasty.—Vidas . . . \$ 1.50

C. Sabat Erasty.—Libro del Mar . . . \$ 1.50

C. Sabat Erasty.—Poesías del Hombre . . . \$ 2.00

FONDO EDITORIAL

Eduardo Gonzalez Lanuza.—Prismas . . . \$ 1.80

Héctor I. Eandi.—Pétalos en el estanque . . . \$ 2.—

Nora Lange.—La calle de la tarde. . . \$ 1.—

C. Delgado Flito.—Sed . . . \$ 1.50

Pedro Leandro Ipuche.—Alas Nuevas . . . \$ 2.—

Pedro Leandro Ipuche.—Tierra Honda . . . \$ 2.—

Francisco M. Piñero.—Cerca de los hombres . . . \$ 0.40

TODOS LOS LIBROS

Servicio especial para provincias

Av. DE MAYO 1242 —::— BUENOS AIRES

TESEO

Director
EDUARDO DIESTE



RECONQUISTA 539
MONTEVIDEO

Martin Fierro

Periódico quincenal
de Arte y Crítica libre



Dirección y Administración
27 - BUSTAMANTE - 27

REVISTA DE OCCIDENTE

Publicación mensual

Director
José Ortega y Gasset
Secretario de Redacción
Fernando Vela

MADRID - Apartado 12.206
Avenida Pi y Margall 7
(2o. Trazo Gran Vía)

VALORACIONES

Humanidades, Crítica y
Polemica

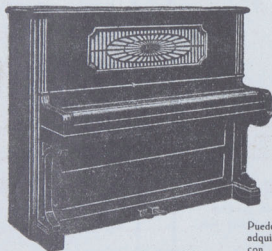
Director
Carlos Américo Amaya

Revista editada por el
grupo de estudiantes
"RENOVACION"

Administración
57 N° 404 La Plata

EL PIANO BECHSTEIN

reune en su construcción las más altas cualidades
acústicas y mecánicas conseguidas hasta el presente
De ahí el encanto que producen sus voces claras,
armoniosas e incomparablemente bellas, en el
ánimo de quien las oye.



Pueden
adquirirse
con
facilidades
de pago

Harrods

Bs. As. Ltd.

Departamento de MUSICA
planta baja

Representantes exclusivos

PROA

Año segundo - FEBRERO - Número siete

JORGE LUIS BORGES
BRANDAN CARAFFA
RICARDO GÜIRALDES
PABLO ROJAS PAZ

BUENOS AIRES DE 1925



REDACCIÓN:

AVENIDA QUINTANA 222

EXCLUSIVIDAD DE VENTA J. SAMET — Av. DE MAYO 1242

S U M A R I O

<i>Jorge Luis Borges</i>		Sir Thomas Browne
<i>Ricardo Güiraldes</i>		Poemas
<i>Norah Borges</i>		Dibujo
<i>Pablo Rojas Paz</i>		Acción y actitud
<i>Gilberto Caetano Fabrega</i>		Poema marino
<i>Feliz Lizaso y José A. Fernández de Castro</i>		
.. .. .		La moderna poesía en Cuba
<i>Norah Borges</i>		Retrato de Brandán Caraffa
<i>Brandán Caraffa</i>		Custodias (verso)
<i>Enrique Gonzalez Tuñon</i>		El alma de las cosas inanimadas
<i>Norah Borjes</i>		Dibujo
<i>Francisco Luis Bernardez</i>		Alcándara
<i>Adelina del Carril</i>		"Les frères Durandeu" de Philippe Soupault
<i>Philippe Soupault</i>	..	Epílogo de los Hermanos Durandeu
<i>Norah Borges</i>		Dibujo
<i>Raul Gonzalez Tuñon</i>	..	Palabras a Ricardo Güiraldes

SIR THOMAS BROWNE

Toda hermosura es una fiesta y su intención es generosidad. Los requiebros y cumplimientos fueron sin duda en su principio formas de gratitud y confesión del privilegio con que nos honra el espectáculo de una mujer hermosa. También los versos agradecen. Laudar en firmes y bien trabadas palabras ese alto río de follaje que la primavera suelta en los viales o ese río de brisa que por los patios de setiembre discurre, es reconocer una dádiva y retribuir con devoción un cariño. Lamentadora gratitud con los trenos y esperanzada el madrigal, el salmo y la oda. Hasta la historia lo es, en su primordial acepción de romancero de proezas magnánimas... Yo he sentido regalo de belleza en la labor de Browne y quiero desquitarme, voceando glorias de su pluma.

Antes, he de narrar su vida. Fué hijo de un mercader de paños y nació en Londres en 1605, en otoño. De la universidad de Oxford obtuvo su licenciatura en 1629 y pasó a estudiar medicina al Sur de Francia, a Italia y a Flandes: a Montpellier, a Padua y a Leiden. Sabemos que en Montpellier discutió largamente de la inmortalidad del alma con un su amigo, teólogo, "hombre de prendas singulares, pero tan atascado en ese punto por tres renglones de Séneca, que todas nuestras triacas, sacadas de la Escritura y la filosofía, no bastaron a preservarlo de la ponzoña de su error". También relata que, pese a su anglicanismo, lloró una vez ante una procesión "mientras mis compañeros, enceguecidos de oposición y prejuicio, cayeron en excesos de sorna y de risotadas". Toda su vida fué impaciente de las minucias y prolijidades del dogma, pero no dudó nunca en lo esencial: en la aseidad de Dios, en la divinidad del espíritu, en la contrariedad de vicio y virtud. Según su propio di-

cho, supo jugar al ajedrez con el Diablo, sin abandonarle jamás ninguna pieza grande. Ya doctorado, volvió a su patria en 1633. Se dió al ejercicio de la medicina y su investigación y la literatura fueron los dos ojos de su alma. En 1642 la guerra civil asestó su grito en los corazones. Alentó en Browne el heroísmo paradógico de ignorar la insolencia bélica, persistiendo en empeño pensativo, puesto el mirar en una pura especulación de belleza. Vivió feliz y quietamente. Su casa en Norwich — célebre por el doble regalo de su biblioteca erudita y de su espacioso jardín — fué contigua a una iglesia, cuyo esplendor obscuro, hecho de sombra y de iluminación de vidrieras, es arquetípico de la obra de Browne. Este murió en 1662 y la fecha de su cumpleaños fué aniversario de su muerte. A semejanza de don Rodrigo Manrique, dió el alma a Quien se la dió, cercado de su mujer, de hijos y de hermanos y criados. Vivir gustoso el suyo, tramitado a la sombra de un generoso tiempo y sólo sojuzgado a la dicción de esclarecidas voces.

En Sir Thomas Browne se adunaron el literato y el místico: el *vates* y el *grammaticus*, para expresarlo con latina fijeza. El tipo literario — prefigurado por Ben Jonson, en quien campean ya todos los signos de su clase: el atarearse con la gloria, la reverencia y la preocupación del lenguaje, la urdidura prolija de teorías para legitimar la labor, el sentirse hombre de una época, el estudio de otros idiomas y hasta la presidencia de un cenáculo y el organizar banderías — es manifiesto en él. Su belleza es docta y lograda. Latinizó con perfección y en ese sentido su actividad coetánea de Milton es comparable a la ejercida en España por Diego de Saavedra. Supo de letras castellanas y he señalado en sus escritos nuestra expresión *beso las manos* (sustantivada por él y reemplazada por una zeta la ese inicial) y las voces *dorado*, *armada*, *noctámbulos* y *crucero*. Nombró las Empresas de Covarrubias y la Monarquía Eclesiástica del jesuita Juan de Pineda, al que censura el citar más autores en ese solo libro (¡mil y cuarenta!) que los necesarios en todo un mundo. Habló

también las lenguas italiana, francesa, griega y latina y las frecuentó en sus discursos. Fué novador, pero no a semejanza de los que siguen el asombro y el sacar de quicio al leyente; fué clásico, pero sin mimetismo apasionado ni rigideces de ritual. El gigantesco vocabulario de Shakespear cayó sobre él como una capa y su ademán fué fácil y noble bajo la blasonadora riqueza.

Fué un hombre justo. La famosa definición que del orador hizo Quintiliano *vir bonus dicendi peritus*, varón bueno, diestro en el arte de hablar, le conviene singularmente. La pluralidad de sectas y razas, que a tantos suele exacerbar, halló palabras de aceptación en su pluma. Militaban en torno suyo católicos y anglicanos, cristianos y judíos, motilones y caballeros. La serenidad benigna de Browne unifica esos parcialismos. Escribió así: (*Religio Medici* — 2). No me sobresalta la presencia de un escorpión, de una salamandra, de una sierpe. En viendo un sapo a una víbora, no encuentro en mí deseo alguno de recoger una piedra para destruirlos. Dentro de mí no siento esas comunes antipatías que en los demás descubro: no me atañen las repugnancias nacionales, ni miro con prejuicio al italiano, al español o al francés. Nací en el octavo clima, pero paréceme estoy construido y constelado hacia todos. No soy planta que fuera de un jardín no logra prosperar. Todos los sitios, todos los ambientes, me ofrecen una patria; estoy en Inglaterra en cualquier lugar y bajo cualquier meridiano. He naufragado, mas no soy enemigo del golfo y de los vientos: puedo estudiar o asolazarme o dormir en una tempestad. En suma, a nada soy adverso y mi conciencia me desmentiría si yo afirmase que odio absolutamente a ser alguno, salvo al Demonio. Si entre los comunes objetos de odio, hay tal vez uno que condeno y desprecio, es aquel adversario de la razón, la religión y la virtud, el Vulgo: numerosa pieza de monstruosidad que, separados, parecen hombres y las criaturas razonables de Dios, y confundidos, forman una sola y gran bestia y una monstruosidad más prodigiosa que la Hidra. Bajo el

nombre de vulgo no sólo incluyó gente ruin y pequeña; entre los caballeros hay canalla y cabezas mecánicas, aunque sus caudales doren sus tachas y sus talegas intervengan en pro de sus locuras.

El párrafo que acabo de traducir es significativo de la habitualidad de Browne, de la cotidianidad de su modo: cosa importante en un autor. Ella, y no aciertos o flaquezas parciales, deciden de una gloria. Diversamente ilustre es éste y más poético que cuantos versos conozco:

Pero la iniquidad del olvido dispersa a ciegas su amapola y maneja el recuerdo de los hombres sin atenerse a méritos de perpetuidad. ¿Qué sino lástima hemos de otorgar al fundador de las Pirámides? Vive Erostrato que incendió el templo de Diana, casi está perdido él que lo hizo; perdonaron los siglos el epitafio del caballo de Adriano y desbarataron el suyo. Vanamente medimos nuestra dicha con el apoyo de nuestros claros renombres, pues los infames son de igual duración. ¿Quiérr nos dirá si los mejores son conocidos, quien si no yacen olvidados, varones más notables que cuantos duran en el censo del tiempo? Sin el favor del imperecedero registro, el primer hombre sería tan ignoto como el último y la larga vida de Matusalén fuera toda su crónica. El olvido es insobernable. Los más han de avenirse a ser como si nunca hubieran sido y a figurar en el registro de Dios, no en la noticia humana... En vano esperan inmortalidad individuos, o garantías de recuerdo, en preservaciones bajo la luna: es ilusoria su esperanza, hasta en sus mentiras allende el sol y en sus artificios prolijos para subir al firmamento sus nombres. La diversa cosmografía de ese lugar ha variado los signos de constelaciones compuestas: piérdese Nemrod en Orión, y Osiris en la Canícula. En los cielos buscamos incorrupción y son iguales a la tierra. Nada conozco rigurosamente inmortal, salvo la propia inmortalidad: aquello que no supo de comienzo, puede ignorar un fin; todo otro ser es adjetivo y el aniquilamiento lo alcanza... Pero el hombre es bestia muy noble, espléndida en cenizas y

autorizada en la tumba, solemnizando natiuidades y decesos con igual brillo y aparejando ceremonias bizarras para la infamia de su carne. (*Urn Burial* — 1658).



Narra Lope de Vega que encareciéndole a un gongorista la claridad que para deleitar quieren los versos, este le replicó: También deleita el ajedrez. Réplica, que sobre sus dos excelencias de en-revesar la discusión y de sacar ventaja de un reproche (pues cuanto más difícil es un juego, tanto es más apreciado) no es otra cosa que un sofisma. No quiero persuadirme que la obscuridad haya sido en momento alguno, meta del arte. Es increíble que generaciones enteras se atareasen en sólo enigmatizar... La cesárea latinidad de Sir Thomas Browne y mi urgencia en justificarlo me llevan a esta reflexión.

Hay una crítica idolátrica y torpe que, sin saberlo, personaliza en ciertos individuos los tiempos y lo resuelve todo en imaginarias discordias entre el aislado semidios que destaca y sus contemporáneos o maestros, siempre remisos en confesar su milagro. Así, la crítica española nos está armando un Luis de Góngora que ni deriva de Fernando de Herrera ni fué coetáneo de Hortensio Félix Paravicino ni sufrió dura reducción al absurdo en los escritos de Gracián. No creo en tales monstruos y juzgo que la mayor grandeza de un hombre estriba en responder con su tiempo y en ocuparse con los afanes y lizas que son populares en él. Browne alcanzó a latinizar con excepcional eficacia, pero el arrimarse al latín fué voluntad común de los escritores de su época.

Es conjetura mía que la frecuente latinidad de su tiempo no fué

un mero halago sonoro ni una artimaña para ampliar el discurso, sino un ahinco de universalidad y claridad. Dos acepciones hay en las palabras de las lenguas romances: una, la consentida por el uso, por los caprichos regionales, por los vaivenes del siglo; otra, la etimológica, la absoluta, la que se acuerda con su original latino o helénico. (Conste que el inglés, en cuanto a repertorio intelectual, es romance). Los latinistas del siglo XVII se atuvieron a esta segunda y primordial acepción. Su actividad fué inversa de la que ejercen hoy los académicos, a quienes atarea lo privativo del lenguaje: los refranes, los modismos, los idiotismos. Contra sus dicharachos castizos trazó la pluma de Quevedo, tres siglos ha, el doctoral Cuento de Cuentos y la carta que lo precede. Quiero también rememorar las razones que en lo atañedero a este asunto, dejó don Diego de Saavedra Fajardo, en la estudiosa prefación de su Corona Gótica: *En el estilo procuro imitar a los Latinos que con brevedad y con gala explicaron sus conceptos, despreciando los vanos escrúpulos de aquellos que afectando en la Lengua Castellana la pureza y castidad de las voces, la hazen floxa y desaliñada.*

Jorge Luis Borges.



N U B E S

Cambiantes ideas del espacio que inquietan la serena
inteligencia del sol.

Blancos aleros viajeros,
Portadores de sombra escurridiza
Que por lomas y cañadas se desliza
En galopes voladores.

Creadas por la tierra, arreadas por la brisa que es su
voluntad, desmigajadas por el sol que interceptan pasaje-
ramente.

En destino
Peregrino,
Van migrando
Un viaje blando.

Mensajeras de tormenta o de bonanza que ignoran su
mensaje como un rumbo.

Ya compactas se amontonan
O flojas se desparraman,
O de obscuridad se enconan
Y derraman
Largas lluvias limosneras
En sedientas sementeras.

Cuando amanece, quisieran significarnos la buena intención del día.

En la quietud mañanera
Requintadas a lo lejos,
Nos repiten por reflejo
Un vigor de luz primera.

El pampero suele fruncirlas como un ceño y la tormenta de tierra las arranca en pedazos o las enrolla sobre sí mismas en brutal empuje.

De palidez se empenachan
Y al ras del suelo se agachan,
Pareciendo
Una idea de desvelo
Que pavorosa del cielo
Viene huyendo.

La obscuridad las aleja y la luna que resume la noche en una idea fija, las desbanda.

Color de plata, prestada
Por la luz anacarada,
Van paseando luna en noche
Como un bebito en su coche.

A fuerza de ser impersonales traicionan a quien las domina y nos hablan de otro por influencia.

Son sombra en el mediodía,
En el otoño amenaza,
En la madrugada brasa,
En el verano alegría.

¿Por qué no las he tratado en prosa?

C H I M A N G O

Ferretería amolhosada que vuela sobre dos hojas de guadaña comidas por la herrumbre.

Pájaro lagañoso, de nariz paspada, cuyas plumas caen intoxicadas de cadaverina.

Posado sobre un poste de alambrado, el chimango parece botella, colocada ahí para tirar al blanco. Pero su pico se abre y el polvillo de hierro que amontona su garganta, produce un chirrido de molino desengrasado.

Cuando se siente demasiado limpio, el chimango se refriega en la tierra de los callejones o de las huellas, que sus plumas erizadas beben como una esponja. Luego se sacude, glorioso de aquel vaho de tierra que en torno suyo el sol convierte en aurora.

Sepulturero pampeano nútrese de podritura en las carroñas agusanadas y profeta de descomposición, engalana las bestias en agonía poniéndose sobre los cuerpos en parto de vida, como un espíritu santo de flámula apagada.

El chimango es buen muchacho y para que los conde-

nados no puedan ver la muerte de frente, súmeles el pico en los ojos y revienta el cristalino en grandes lágrimas definitivas.

Bicho para quien la muerte es vida, escoba de materias pútridas, el chimango vuela para mejor ver los rincones sucios y no tiene la hipocresía del cuervo que viste luto para su banquete.

Lejos de eso. El chimango ríe ronco en torno al cadáver, y baila una ronda con cómico desgarbo de paisano recién bajado del caballo.

Muérase la gente.

Y tenga yo buen diente.

París,

Enero 1920.

C E N T R O

Amanece sobre la ciudad.

El cielo, arriba, está dividido en calles por la ascensión de las manzanas cuadrículadas.

Se siente, sobra de juerga, la náusea de haber perdido el sueño: mandato de la noche.

La esquina, con el cruce de sus calles, señala los cuatro puntos cardinales:

Del Norte no viene nadie; del Sud tampoco.

Al Oeste no va nadie; al Este tampoco.

El cielo, cortado en cuatro, vuélvese aguachento, avinado. Por el Norte aparece un tranvía, con su mayoral aún ensopado de sueño en su golilla mañanera. Adentro vienen cuatro pasajeros, macilentos en la luz indecisa.

El tranvía para en cada esquina, esperando los dos argentinos timbrazos que ordenan seguir! Por puntos sucesivos la palanca de velocidad hace un mugido de pampero aumentado, hasta que un brusco gesto la coloca en punto muerto. La inercia lleva al vehículo hasta la cuadra próxima, donde lo sujeta el freno con crispante risita de matraca.

Ha pasado el tranvía y sus ruedas, en la esquina lejana, dan dos porrazos sobre el cruce de otra vía perpendicular.

Por el Oeste viene un atorrante documentándose en los cajones de basura.

Como en esta mañana de inutilidad me siento hermanado con el tipo en causa, lo saludo:

—¡Adiós, amigo!

—.....

—¡Adiós, amigo! — repito.

Igual silencio.

—¡Adiós, amigo!

Por fin el hombre responde sin mayor énfasis:

—Vaya a la m.....

El tiempo que echan mis meditaciones en deducir que su respuesta es un anatema antisocial, lo ha llevado a un

centenar de metros.

Resúltame ridículo quedar así, sin objeto, en la esquina de la madrugada solitaria y lentamente me encamino a casa.

Odio este matinal ruido del cerrojo y aborresco la vergüenza de parapetarme contra el día en un sueño artificioso que parece huída.

No le sucederá lo mismo a mi atorrante y su invitación a seguirle, significada en una palabra poco cortés, comienza a parecerme digna de ser tomada en cuenta.

Buenos Aires

Marzo 1921.

M A T E

Pequeña cucurbitácea sonora como un coco.

Zapallito en forma de huevo o de galleta.

Pequeña fruta cuya semilla cae ni bien te abren la boca, como caen las ideas del cráneo de un loco cuando habla.

La coquetería gaucha a veces te orifica los labios y deben haberse equivocado al darte un sexo masculino que más bien corresponde a la bombilla.

Ollita de cartón, ollita diminuta de un rudimentario puchero herbáceo.

Retorta de brujerías por el cual puede trasmitirse un sortilegio malévolo.

Poronguito ilusorio.

Corazón de sangre verde.

Casero manantial que apagas la sed, calientas el alma y fortificas los músculos.

Mamadera prostituta que te das a todos los labios y te sientas en todas las manos hasta estar lustrosa de manoseos.

Fiel compañero del solitario.

Corazoncito caliente.

más bueno que el de la gente.

París

Enero 1920."

C O N C I E R T O

Bajo el calderón de la melena el rostro del violinista es *una blanca*.

Nosotros los del público admiramos desde nuestra posición que no vale *una negra*.

Privilegio de aquella pelambre que es como el acento del genio del compositor.

Un momento de espera.

Sobre la cuerda, sensible alma que despierta al conjuro de aquel mago, llora el dolor.

Llora el dolor, acostado en vibración espasmódica sobre una lamentable tripa convertida en congoja.

Los misterios del pentágrama se hacen verdad en el alucinado cerebro de la caja de resonancia, que en fibras de sonido revuelve la melodía de un pobre cuento sentimental impracticable.

¡Oh, vénganos la realidad para tanta capacidad amorosa, volcada en ese tarro de sonidos!

VIDA, nube de nuestros vagidos, ese grande hombre a quien tanto realza el estar de pie no debe haberte poseído y sentimos que hubiera sido capaz de sublime.

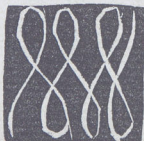
ENSUEÑO... vete y deja de deshilacharnos el alma con esas plañideras agonías que lloran, lloran, lloran, en el pequeño féretro con caderas que un hombre por demás sensible hace vibrar sobre su corazón.

Y vosotros, los que sois sus amigos, pedidle que deje el violín y cortadle la melena, si no queréis verlo un día morir, con todos nosotros pobres filisteos.

Buenos Aires

Julio 1916.

Ricardo Güiraldes.





Norah Borges - dibujo

ACCION Y ACTITUD

Al punto de iniciar sus empresas, Hércules encontró a dos mujeres que le alabaron la bondad de distinto camino. Llevaba el uno hacia parajes amenos propicios a los deleites físicos que embotan al destino. Conducía el otro a regiones ásperas donde el aire no está preparado para cantos sino para tempestades. Pero donde la fortaleza es sabiduría en cuyo imperio se doblega la realidad. Hércules, en aquel trance, eligió la virtud que es como decir que optó por su propio destino. Y en esto, comenzamos a advertir al héroe que no cambia la penuria que le traerán sus trabajos por una hora de voluptuosidad. Hay un instante oportuno que decide la calidad de una vida. La más absoluta libertad reina en ese instante en el espíritu del elegido. Se entablará una lucha entre sus apetitos y cualidades. Este combate es superior al propio héroe, quien se transforma en un mero espectador de su destino. Esta es la purificación. El héroe sale de ahí hacia el acometimiento de sus empresas. Si todos fuéramos héroes no habría heroísmo. Tal es el sentido terrible de la mediocridad. Se escucha a cada instante esta secreta invitación. Pero el elegido nace con las señales sagradas. En la crianza, al morder el seno nutricio, poblará el cielo con un reguero de estrellas. A veces le advertirán pensativo escuchando los consejos de un genio invisible. Apreciará las cosas con criterio de iluminado. El destino temblará ante la mirada potente de su fortaleza. El héroe construirá su universo como un dios. Su camino de tan amplio, no podrá identificarse con sus bordes. Su luz de tan potente, vence-

rá al olvido que es la sombra del tiempo. Habrá cuestión de límites entre la historia y la fábula.

El sabio mira al mundo como un espectáculo; el héroe como una conquista. El sabio busca la actitud; el héroe la acción. El primero ama la forma, la historia y la moral. El héroe ni ama ni rechaza la moral. Hace poco leí una definición de ciencia que me dejó pasmado: ciencia es el estudio de las apariencias. Dar esta definición después de laboriosas investigaciones es comprender el sentido heroico de la sabiduría. Hay hombres que van hacia los acontecimientos empujados por fuerzas circunstanciales. Advierten estos una acción superior a su capacidad. No pueden retroceder, sin embargo. El aire tiene una cerrazón de niebla que impide ver el camino por donde se venía. En el héroe no hay este fatalismo; la suerte está librada al albedrío. En cualquier momento puede elegirse entre el ser y el no ser. Desde el comienzo hasta el fin de su proceso, Sócrates es dueño y señor de su propio destino. Nada está contra él ni en favor de él. Hasta los dioses le son neutrales, pues dan tregua a la justicia humana esperando la vuelta de la nave sagrada. El verdadero héroe es una armonía de actitud y acción. Y Sócrates que ha propiciado toda su vida el desprecio a los bienes terrenos, será probado de la suerte más alta que un hombre puede anhelar.

La epopeya no comienza con el nacimiento del hombre sino que se origina en el momento en que éste tiene que elegir entre el bien y el mal. Cuando Dios inventa la luz, dice con toda sencillez: hágase la luz. Y añade El Génesis que Dios observó que la luz era buena. Esta maravillosa ignorancia acerca del resultado de sus acciones es muy propio de los héroes. Ellos se desempeñan en la vida obedeciendo a una armonía interior. Nadie piensa que el humo que despiden una madera al quemarse, estaba guardado dentro de la madera. Pero a mucha gente le inquieta el futuro como si fuera una cosa real que estuviera en alguna parte. La vida está organizándose y desorganizándose a cada momento. Cuando pequeño tenía yo un sentimiento íntimo que ahora desentraño de mi ser: creía observar

en el mundo que me rodeaba una predisposición a organizarse rápidamente cuando me preparaba a observarlo y a tomar ese mismo mundo una actitud indolente no bien yo deseudaba mi vigilancia. Este juego que al principio me divertía, terminó produciéndome una sensación angustiosa. La vida no está organizada de antemano para nosotros. Decidimos nosotros lo que debemos hacer. Se dice que un hombre es esclavo de sus pasiones cuando estas gobiernan a sus actos y actitudes. Pero el héroe no necesita decidirse, no tiene que satisfacer ningún apetito ni llegar a parte alguna. El no se ha propuesto su drama. Sócrates no expone sus ideas con el fin de hacerse condenar a muerte. Será la crucifixión el acontecimiento más grande del cristianismo; pero no es el que debe ser considerado. La aurora es el acontecimiento más grande del día; pero aún la luz no se ha apoderado del mundo.

Mientras no denuncian a Sócrates, éste es sólo una actitud heroica contra los sofismas y los prejuicios. Ha hecho de su vida un sacrificio lleno de firme claridad. Su heroicidad resplandecerá solamente cuando irriten sus contrarios la fortaleza que en él se contiene. Entonces lo verás destacarse majestuoso como una montaña al amanecer. Algo superior a la vida le gobierna ya que el peligro de la muerte no le hace vacilar en sus actos. Es el momento de los grandes fracasos y de los actos excelsos. Sócrates hablará de su demonio y los jueces le condenarán por impío. Cualquier detalle puede impedir el acto heroico; y la historia perderá un bello espectáculo. Porque de eso depende la belleza del heroísmo; la vida es lo que los individuos quieren que sea.

El que no se arriesgue hacia el error no acertará nunca. Los santos huyen de sí mismos cuando esterilizan la vida en el renunciamiento. El héroe que conoce el peligro no teme las tentaciones. El comprende que la sabiduría y el amor no pueden existir en estado puro. Cuando se fabrican las monedas se une el metal precioso a otro más resistente a los desgastes originados por el uso. Tal el amor

y la sabiduría que necesitan ligarse a las cualidades secundarias del espíritu para poder persistir. De esta unión nacen los estados espirituales que definirán un carácter o constituirán una individualidad. Hay un estado en que el amor y la sabiduría pueden ligarse y persistir: cuando ellas dos se unen para formar el heroísmo. Para que el heroísmo pueda efectuar ampliamente el juego de su destino es necesario que la libertad lo defienda y lo rodee. Un hombre es libre desde el momento que efectúa una gran acción.

Escucho atento las palabras que surgen de una multitud apasionada. Es un rumor nocturno paseándose por un bosque desordenado. A instantes se organizan dulcísimas canciones de un amor indolente. Y en otros es un alarido que quisiera convocar a los astros. Las palabras se transforman en símbolos para los cuales la multitud tiene actitudes idolátricas. Los hombres gritan la palabra libertad y creen que pronunciándola se llenan de heroísmo como si se se bebiera con el agua la claridad que en ella disuelve la luz de la mañana. La multitud comprende sólo el heroísmo catastrófico.

Si has sentido en el espíritu el ritmo de las grandes acciones, eleva tu voluntad sobre las multitudes indiferentes. Y en la noche del fracaso ten la constancia de la luz que vuelve en el momento oportuno. Los apetitos inquietarán lo recóndito del espíritu. Los tímidos aconsejarán tranquilidad. ¡Gran hazaña el pedir la paz cuando se está vencido! Los consejos son las hojas secas del árbol de la sabiduría. Cuando la euforia vibra en la más humilde célula, los deseos se atropellan en los caminos de los sentidos. Brillan las pupilas con la visión de lo hermoso. Palpita de prisa el corazón y la voz de amor se ahoga en la garganta. ¿Quién pretenderá calmar estas ansias que los mismos dioses excitan? Más tarde, aplacados los sentidos, la angustia invade el corazón. En lo más apartado de la voluntad hay una ilusión que espera. La estatua de la esperanza se ha puesto a meditar. ¿Qué canto dirás que no haya sido ya dicho? ¿Qué camino recorrerás en que no encuentres huellas anterior-

res? Hay un momento en que la esperanza flota sobre el mundo. El hombre fatigado de transformar la realidad aguarda que la dicha llegue como un regalo divino. Pero el aire está cansado de cantos. Quiere que se lo domine con el vuelo. Joven que adormeces tus fuerzas en el ensueño, arroja lejos de tí las vestiduras y participa de la carrera. Lo que debe ser realizado no debe ser esperado.

Pablo Rojas Paz.



P O E M A M A R I N O

Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.

Conocen todas las radas y todos los caminos,
lentos como las naves
pasan sobre esta quietud pegada a la tierra
sobre esta lasitud balanceada a todos los vientos,
sobre esta nostalgia.

Los grandes pájaros del mar grises y blancos
lisos y fraternales.

Atraviesan los vastos desiertos salados,
como buenos marinos,
sobre la inmensa medida del agua,
sobre las ciudades
sobre esta pobre alma que se acuerda.

Los grandes pájaros del mar grises y blancos
lisos y fraternales.

Pilotos inmutables,
siguen lentos por las rutas de antes
a través del tiempo y de los climas,
¿que fué del ayer?
¿a dónde volaron tus sueños sin vuelta?

Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.

Gilberto Caetano Fabrega.



La moderna poesía en Cuba

Las inquietudes del alma americana, profundamente removidas en la lucha por la independencia política y en pugna constante con la mentalidad española, reproducen a lo largo del siglo último, y en distintos lugares de nuestra América, pensadores y artistas que esporádicamente marcan diferencias ideológicas, aunque no formales, entre nuestro espíritu y el de la metrópoli, convergiendo todos estos brotes hacia cierta unidad de pensamiento, que en las últimas décadas del siglo XIX dan lugar al movimiento renovador que de una vez para siempre nos libertará, en forma y fondo, de los modelos peninsulares, movimiento que ya se había efectuado en las distintas literaturas europeas, excepto en la española.

En aquella saludable orientación aportamos, como verdaderos precursores de las tendencias y formas de la poesía actual, las figuras de José Martí y de Julián del Casal, que con Gutiérrez Nájera, Silva y Rubén Darío, habrían de ser los precursores máximos.

Concretándonos en este trabajo al desenvolvimiento de la poesía moderna en Cuba, nos toca estudiar el aporte de Martí y Casal al movimiento general en América, que ha sido reconocido ya por todos los críticos que se han ocupado del mismo.

La obra poética de Martí, que durante su vida alcanzó escasísima difusión, no pudo ejercer en su época influencia alguna. Producía para sí y para el escasísimo número de sus amigos, entre los cuales siempre se contó Rubén Darío, quien lo ha reconocido como precursor suyo. Es en nuestros días cuando la obra de Martí se ha adentrado en el espíritu de las nuevas generaciones poéticas. Sin embargo, por medio de sus ensayos, estudios y correspondencias publicados en todos los periódicos del continente, especialmente en "La Nación" de Buenos Aires, y de su intensa actuación personal, las ideas novísimas de Martí ejercieron una indudable in-

fluencia sobre sus contemporáneos, — aquellos que de modo más o menos directo contribuyeron a la realización de las nuevas orientaciones. La sinceridad explica la característica de su poesía, aquella que está por encima de todas las otras modalidades; el *personalismo*. Espíritu simplificado y aristócrata a la vez, amante de las sonoridades difíciles, tanto como del suave fingir del verso, en sus producciones está siempre el hombre que tuvo el don de ser sincero y de ser siempre *él mismo*, con aquel alto concepto del arte que le hizo formular toda una teoría poética de los tiempos nuevos. “Todo está dicho ya, pero las cosas cada vez que son sinceras, son nuevas”, decía; y dando salida, en aquellas breves escapatorias en que huía de los hombres y se refugiaba en sí mismo, a las íntimas inquietudes crecidas en la multiplicidad de emociones en que se desarrolló su vida, sus versos le salían de una sola pieza y de una sola inspiración, como él quería que fueran hechos. En *versos sencillos* (1897), “escritos con la más difícil de las sencilleces, como que es la innata lengua genial (Rubén Darío), está la nota romántica, el corazón abierto, y el caudal lírico inagotable.” En *versos libres* (1882, no publicados hasta 1911) se volcó el alma atormentada de Martí, atormentada no por sueños de grandezas, ni por egoísmos líricos, ni por ansias enfermizas; sino por la carga de aquel anhelo inmenso de libertad, de sinceridad, de bondad, que a veces, al chocar con la indiferencia o la falsía, estallaba en aquellos sus endecasílabos hirsutos como él los llamaba.

Julián del Casal, que se desenvolvió en nuestro medio literario, a diferencia de Martí, — cuya actuación fué continental desde los Estados Unidos donde residía, obligado por las órdenes de destierro y persecuciones, — ejerce influencia sobre el mismo, trae a nuestra lírica, orientaciones que hasta ese momento le habían sido extrañas y de hecho es el que introduce los modos nuevos de decir las sensaciones complejas del alma moderna. *Hojas al viento*, su primer libro, publicado en 1890, no era, a pesar de estar contenidas allí las preferencias y las direcciones del poeta, sino un anticipo de su obra futura. Aunque contrarrestadas por las parnasianas de

Heredia y de Coppée, parnasiano éste en la forma más que en el fondo, pesaban aún sobre Casal influencias del romanticismo francés. De éstas se librará más tarde, aunque la de los parnasianos se acentuará en su segundo libro, *Nieve* (1892), de una factura depuradísima, impecable casi, y se unirá a ella la de los simbolistas, Verlaine y Moreas sobre todo, así como la de Rubén Darío, y como una musa tutelar flotará sobre la obra del poeta la sombra enorme de Baudelaire, bajo cuya advocación pondrá los versos de su último volumen, *Bustos y Rimas* (1893). Desde la aparición de su primer libro de versos, pudo señalársele como un extraviado de la conocida y trillada senda de la poesía dominante en aquel momento, que una más áspera sensibilidad consagrara; como un atacado de *decadentismo o modernismo decadente*. La crítica de entonces le echaba en cara, como extravíos o delirios, una tristeza irremediable, un desmedido exotismo, un hastío de todo que se refugiaba en un mundo de pura imaginación, sin comprender hasta qué punto era sincero consigo mismo, ya que no hacía sino expresar sentimientos propios de un ambiente que en apariencia parecía artificial, pero que era el propio ambiente de su alma, creado por una fantasía delirante y un gusto depurado, alimentados por una lectura caudalosa y exquisita, ambiente que llega a hacerse connatural en la obra del poeta, equilibrando, cuando no venciendo, como dice Enrique José Varona, la inclemencia de las circunstancias externas. Y es, precisamente, por el consorcio íntimo entre sus sentimientos poéticos y el ambiente de irrealidad *natural* en que se producen, por lo que la obra de Casal da, no la sensación de la obra rara o trivial, como en muchos poetas de los que entonces se llamaron decadentes, sino por el contrario, una marcada sensación de vigor.

Simultáneamente con Casal aparecen en nuestra lírica las figuras de Carlos Pío y Federico Uhrbach y de Juana Borrero, que ávidas de una dirección espiritual, se agrupan alrededor de aquél, recibiendo su influencia. Juana Borrero, fino espíritu precoz, en cuya poesía encontramos pesimismo, elegancia de la forma y un sentido íntimo unidos a las dotes pictóricas de su espíritu, conce-

bidas a la manera moderna, valiéndose del paisaje como elemento interpretativo de un especial estado de alma; y Carlos Pío Uhrbach, en cuya producción hallamos rasgos de delicadeza espiritual, poder de evocación y colorido acertado, desaparecieron prematuramente, sin haber dejado cumplida una verdadera obra poética. Federico Uhrbach, que conjuntamente con su hermano había publicado un libro de primicias — *Gemelas*, 1894 — da a la estampa en 1907 el libro "*Oro*", verdadera fuente de inspiración para los poetas del momento, en donde se hace evidente su modernismo por la flexibilidad del verso, por la maestría de palabras, por la sapiencia del ritmo y en menor escala, por los temas y por la ideología que los informa. Poeta de *nuances*, en sus versos rara vez se encuentra la emotividad franca, aunque están envueltos en cierta vaguedad imprecisa que les comunica un fondo de sugerente emoción. En su obra de este momento no predomina el subjetivismo, sino la composición evocadora, sabiamente coloreada, que por la misma virtud de su sonoridad íntima y penetrante, se nos adentra muy hondamente, por un prodigio de artista que, mediante un procedimiento exterior, llega hasta lo más profundo del alma humana. Después de "*Oro*", de inspiración melancólica, Federico Uhrbach tuvo sus *cantos de vida y esperanza*, que culminaron en su libro *Resurrección* (1916) verdadera resurrección espiritual como al respecto expresó Pedro Enriquez Ureña, saludando su llegada. Un nuevo sueño de belleza, alentado ahora por la consolación de una esperanza, le alejó de aquel tono de renunciamento de su obra anterior, conduciéndolo por caminos de amor y de serenidad. El dolor ya no es el motivo del canto, sino el trasunto de una esperanza que le lleva a tender el vuelo hacia un optimismo moderado, hecho de silencio y de quieta esperanza. Ahora, en el claro camino, traza los nuevos derroteros ideales, asediado por ansias de vivir, de luchar, de "salvar y retener la vacilante juventud". Los paisajes son ahora más llenos de sol y vida, tienen una amplia luminosidad y un colorido rico en tonalidades acentuadas. Sin dejar de ser poeta de matices, no lo es ya de un modo tan absoluto; en cambio, hallamos en *Resurrección* un

subjetivismo acentuado, que se manifiesta en propósitos espirituales, en estados de alma, en normas ideales, a esta nueva manera corresponde una más sabia perfección del verso, cristalizada en el uso frecuente e impecable de metros aún no popularizados entre nosotros, especialmente el alejandrino.

Muertos Casal, Martí, Juana Dorrero y Carlos Pío Uhrbach antes de finalizar el siglo, es Federico Uhrbach el único representante de las tendencias modernas en poesía durante el largo período que se abre desde la terminación de la guerra de independencia (1895) hasta 1910, en que comienza a cristalizar de nuevo aquel movimiento estancado. Son ellos, por eso, sus precursores.



La carencia de figuras representativas y avanzadas en el interregno que se abre en nuestra producción literaria desde la última guerra de liberación hasta los años de estabilidad de la República, ya por la muerte de aquellas más señaladas, ya por el relativo agotamiento que la guerra o la emigración había llevado al espíritu de los supervivientes, es natural que se traduzca en una decadencia forzosa en nuestra producción lírica. Los poetas emigrados no harán sino recoger el eco de las hazañas que a ellos llegan confusamente, y oprimidos por la férrea censura que pesa sobre ellos, y por el mismo estado de ánimo creado por la guerra, los poetas que permanecen en Cuba se encierran en absoluto silencio. Terminada aquella, los días que siguen tampoco son propicios al desarrollo de las nuevas formas poéticas, bien porque los poetas ya hechos han dejado de recibir las influencias renovadoras (Byrne), bien porque los que surjan en este momento carecen de la suficiente cultura o de guías y maestros suficientemente autorizados. No obstante la abundancia de poetas de segundo orden, no encontramos en los primeros años de la República, una sola figura capaz de recoger el legado de Martí y Casal, ni de igualarse con Federico Uhrbach. En ocasiones adoptaron los metros o aún los temas nuevos o en boga (Manuel Serafín Pichardo, Bobadilla), pero su inspiración

continuaba siendo ya la puramente clásica, ya de los últimos románticos españoles. Los títulos bajo los cuales agruparon la parte más característica de sus producciones, serán buena prueba de estas influencias: *Fiebres*, *Mariposas*, *Oféldas*, *Exhalaciones*, *Fugitivas*. Algunos, como Bobadilla y Byrne, oscilaron entre las distintas tendencias, aún cuando el último no logra sus mejores realizaciones sino en sus versos de corte clásico.

Hemos dicho ya que los poetas de este período son abundantísimos. Escogeremos, al propósito de este trabajo, a Byrne y a Bobadilla, señalando las características de sus producciones.

Al primero lo dió a conocer ventajosamente la publicación de *Excéntricas* (1893), como un poeta exquisito, en el que predominaba el sentido de lo vago, de lo misterioso, de lo lejano, como apuntara a la aparición del libro Julián del Casal. Es indudable que de haber continuado cultivando aquella su primera manera, hubiera hecho dar a nuestra lírica un enorme paso de avance. Pero he aquí que ha estallado la guerra, y el poeta, arrebatado por la indignación de su pueblo, no recoge en su espíritu sino palpitaciones patrióticas. Será el poeta de la guerra. Las figuras más representativas de la Revolución, los héroes y los mártires, tendrán su canto, recogidos en la colección de sonetos clásicos titulado: *Efigies* (1897. *Lira y Espada*, publicado al finalizar la guerra, completa el ciclo patriótico de este poeta, que cosechará los aplausos más cálidos del alma cubana. Pasado el momento de los héroes y de los mártires, tratará en vano de hacer vibrar en su vieja lira las inquietudes más recientes. Sus mejores composiciones, aquellas que el gusto general de una época ha consagrado y que han vivido en todos los labios, son casi exclusivamente de puro corte clásico. En el soneto, dentro de esta misma modalidad, pocos han podido superarlo, si es que ha habido en Cuba quien en ese respecto esté a su altura.

Al margen de la obra extensa de Emilio Bobadilla (Fray Candil), y arrastrado tal vez por aquella obsesión de conocimiento que le llevó a ensayarse en tan distintos géneros literarios (crítica, no-

vela, crónica, sátira). Nos ha dejado una considerable labor poética, caracterizada por una perenne desorientación. En su libro *Vértice* (1903), que recoge lo más notable de esa labor, se nota que ha sido influenciado sucesivamente por distintos poetas y tendencias; pero la más característica y persistente es la de José Asunción Silva, a cuya influencia debe la más feliz de sus composiciones como "Bogotá Melancólica". En su ansia de novedad llega a giros e imágenes que tienen indudable semejanza con los más atrevidos de algunos poetas modernísimos. Su último libro, *Rojeces de Marte* (1920), son sonetos de factura parnasiana, en donde canta los horrores de la guerra europea.

Frente a estas figuras representativas del período de transición, van surgiendo nuevos poetas más cultos y más dueños de su expresión. Las relaciones intelectuales con los países hispano-americanos se han ido intensificando. Rubén Darío, cuya fama es ya proverbial, empieza a ser leído por los jóvenes mejor preparados que sus predecesores y sin lastre negativo. Las nuevas ideologías, encarnadas en los autores más representativos con D'Annunzio, Rodó, Nietzsche, Gorki, Ibsen y divulgadas por los escritores franceses o hispano-americanos del momento, contribuyen a que los poetas que surgen tengan una visión más amplia de la poesía, Francisco J. Pichardo traerá en sus cantos *Voces nómadas* (1908), preocupaciones sociales, verá el paisaje tropical de manera distinta y peculiar, y sin caer dentro de los moldes nuevos, habrá en sus composiciones una marcada modernidad. René López, que teniendo "La virtud del cantor" fué, en razón de su corta existencia, nada más que una promesa, como dice la elegía que le consagró P. H. Ureña, aporta sensaciones trágicas, dichas con matices hasta entonces desconocidos en nuestra producción. La desaparición del poeta en plena juventud, antes de publicar su primer libro que preparaba, impide la cabal realización de admirables dotes líricas, y no le permite destacar de un modo definitivo sus cualidades características, que en lo que de él se conserva pueden apreciarse; una marcada delicadeza espiritual y un ponderado sentido moderno del

verso, influido por las nuevas orientaciones, unido a cierta aristocrática concepción de cosas y situaciones, con una sensibilidad sinceramente moderna. El dominicano Max Henríquez Ureña, — que entre nosotros se establece, y que entre nosotros actúa y produce, — más orientado, más culto, dice en lenguaje moderno sensaciones provincianas y canta las inquietudes nuevas en un lenguaje estilizado y puro, en su libro *Anforas*, al mismo tiempo que, maestro de las nuevas técnicas y de las recientes ideologías, contribuye al conocimiento y difusión de los mejores modelos.



Como una culminación de las formas y temas que hasta ahora sólo se han esbozado en nuestra producción poética, aprovechando un ambiente más depurado, al mismo tiempo que como una reacción contra las viejas formas que se prolongaban, aparecen alrededor del año 1913, tres figuras representativas de lo que se ha llamado entre nosotros apogeo del modernismo: Regino E. Boti, Agustín Acosta y José Manuel Poveda.

El primero, espíritu avanzado, cultiva con lecturas de toda clase su intelecto, y rompiendo con todos los prejuicios, publica su primer libro, *Arabescos Mentales* (1913), que desconcierta a la mediocre crítica ambiente. Había en él un exceso de derroche cerebral, recortando un poco la emoción, quizá en aras de un consciente esfuerzo de ajustar el ritmo a la idea; pero también una maestría de la métrica, debajo de la cual se manifestaba claramente su propósito innovador, ilustrando con ejemplos toda una teoría del verso explicada en el prólogo. Esta obra da la sensación de un panteísmo consciente, — que se marcará definitivamente, y con sus predilecciones propias, en su segundo libro *El Mar y la Montaña*, — y es, marcando un erotismo tal vez excesivo, *Arabescos Mentales*, que fué naturalmente producto de un momento en que, en absoluta decadencia, nuestra lírica debía afirmarse en los nuevos poetas por un exceso de reacción.

En su iniciación, Agustín Acosta sigue de cerca a Rubén Da-

río y a Federico Uhrbach, e intentó por distinto camino al de Boti una labor análoga, convencido de que nuestra poesía necesita una renovación total, lleva a sus cantos todas las nuevas inquietudes en los más diversos metros. Sus primeras realizaciones, recogidas en el volumen *Ala* (1915) están caracterizadas por una eclosión de riqueza verbal, sabiamente manejada, unida a cualidades líricas positivas que en su ulterior desenvolvimiento le convertirán en el lírico por excelencia, pues, aunque a ratos parece exagerar la nota de novedad, hay siempre en sus versos un fino espíritu y una armonía mal disimulada. Después de *Ala*, su labor poética ha ido cada vez más a la pureza lírica, que ha llegado a ser su forma actual de expresión, y en la que puede decirse que es una verdadera realización. Su libro *Hermanita*, publicado recientemente, hecho de cosas íntimas y sencillas, que recuerda en su concepción *Toi et Moi*, de Gerald, no debe considerarse como obra de trascendencia.

Su enorme labor dispersa, que recogerá prontamente en varios volúmenes (*Los camellos distantes*, *Torres de humo*, *Más allá*, *Acato de Corinto*) contribuirán en no escasa medida a darle preferente lugar en la lírica americana de hoy.

Completando la trilogía renovadora, aparece José Mármol Poveda, extraño y audaz temperamento poético, que nutrido de las más variadas y sabias lecturas de los simbolistas y decadentes franceses, ensaya en castellano la adaptación de todas sus innovaciones, e inspirado en Gustave Kalm, usa una técnica nueva "que permite al poeta escribir su ritmo propio e individual, en lugar de endosarle un uniforme cortado de antemano, y que le reduce a no ser sino el discípulo de tal glorioso predecesor". Sus cualidades líricas innegables, unidas a un dominio de la forma que le lleva a ensayar con éxito las más difíciles combinaciones, conservando, sin embargo, la frescura emocional de sus sentimientos, hacen de su único libro publicado — *Versos precursores* (1917), un compendio de perfecciones en su género.

Después de estas tres figuras principales, siguiéndoles a poca distancia, aparecen una legión de poetas nacidos todos con poste-

rioridad al año 1890, que aún cuando tienen pocas afinidades espirituales y se diferencian notablemente en su expresión, comulgan con el uso conveniente y apropiado de las nuevas formas, en la absoluta modernidad de los temas o el modo de tratar los eternos, y en la inquietud propia de los tiempos que corren. Destacaremos aquí las personalidades de Mariano Brull, Felipe Pichardo Moya y Federico de Ibarzábal, todos ellos, ahora, en el momento preciso de su obra más personal y fuerte.

La unión y el tono de recogimiento caracterizan el verso de Mariano Brull, en el que es obvia una inspiración delicada y profunda, puesta casi siempre al servicio de un subjetivismo amable. Trazará normas espirituales o ennoblecerá la trascendencia de la vida, y el dato anímico será un *leit motiv* en su obra, recogida en su único libro *La casa del silencio* (1917). Las palabras habrán de tener la levedad necesaria para sugerirnos por corresponsión el temblor apresado en el verso. No perseguirá por eso innovaciones métricas ni audacias formales. La influencia más notoria que se nota en este poeta, la han ejercido los líricos ingleses, especialmente Dante Gabriel Rossetti, al que ha estudiado con provecho, traduciendo algunos de sus sonetos. En la obra posterior, dándose cuenta del peligro de agotamiento que encierra el subjetivismo, ha buscado la inspiración en las cosas exteriores, en las que al mismo tiempo haya pretexto para dar salida a su fina ideología.

Felipe Pichardo Moya, que no obstante haber producido muy poco, ha sido uno de los poetas más combatidos en su iniciación por nuestra crítica retrasada, se revela poseedor de una técnica muy moderna, que era natural que desconcertara a los viejos rimadores y a los críticos avezados a las antiguas rutinas. Producto de una sensibilidad muy nueva, sobre la que actúan las influencias decisivas de Darío y Valle Inclán, sus versos reúnen las más disímiles características: arbitrariedad, desconcertante que se justifica por el propio mérito, humorismo un poco macabro, pero inofensivo, procedimiento directo que prescinde de la imagen. La llaneza del verso, que se desenvuelve sin complicaciones, armoniza con los temas

preferidos por el poeta; las viejas cosas familiares olientes a la humedad de los tiempos, de las que se desprende cierto olor romántico que es necesario desvanecer, aniquilándolo. En sus últimas composiciones de mayor aliento, se marca más fuertemente la personalidad de este poeta, revelándose con dotes como la brillantez en tono mayor, en *Espejo de morenas*, y el aliento de gigante en el soberbio *Poema de los cañaverales*, que condensa el espíritu de nuestras epopeyas, la poesía de nuestros campos y el ideal de nuestros corazones. Su obra aún dispersa la recogerá en un próximo libro titulado: *La ciudad de los espejos*.

Después de publicar *Huerto Lírico*, libro de principiante y de escasos méritos, en que Federico de Ibarzábal da una nota de melancolía lúgubre nacida de un falso estado de ánimo, consigue orientarse hacia un rumbo más propio y característico, que en *El Balcón de Julieta* (1916) ya alcanza a definirse, y en *Una ciudad del Trópico* se precisa inconfundiblemente. Se nos revela entonces como nuestro poeta urbano, que sabe decir el encanto apacible de los viejos sitios coloniales, evocar el prestigio eclipsado de una silenciosa avenida junto al puerto, el cosmopolitismo creciente de nuestra ciudad, o el ambiente asfixiante de un casino tropical. En ese urbanismo un poco pintoresco, conseguido con el uso de palabras o frases sencillas y vulgares, abundará la observación penetrante. Tras esas breves visiones hallamos un fondo de humanidad, una como exaltación del heroísmo de vivir, que fortalece y estimula. Pero no ha sido sólo el poeta de la ciudad, sino que ha sabido expresar también en forma directa y ruda una ideología fuerte, propia de un luchador como lo es, con una técnica fácil, apta para transmitir el pensamiento tanto como para darnos una visión directa del paisaje. Ibarzábal ha sido en nuestra lírica un caso raro de superación de sí mismo y de afán de libertarse de toda extraña influencia, de tal manera que puede decirse que ha encontrado su camino y anda por él por cuenta propia.

Los poetas cuya producción comienza a manifestarse en los años que van transeurriendo desde la terminación de la guerra europea, presentan, a nuestro juicio, características distintas a las de sus predecesores: una inquietud más acendrada, que no es ya producto del intelecto, sino connatural, una libertad sin alardes, pero todo lo amplia necesario para dar expresión a sentimientos más complejos, la ausencia de resabios de la vieja poética, el retorno a las fuentes más puras de la poesía eterna. Por primera vez en Cuba, una generación de poetas de marcada juventud, se manifiesta con caracteres propios y orientación definida. Dentro del *unanimismo* contemporáneo — término de Romaines que expresa perfectamente el anhelo tan caracterizado en la hora actual — de “verlo, sentirlo y adivinarlo todo”, — acertarán a expresar sus observaciones, apresadas con ojos ávidos, frente al panorama múltiple e intenso de la vida contemporánea. Con marcadísimas excepciones, ninguno se encierra en torres de marfil, y por un camino o por otro, van al encuentro de la *multitud*.

En la obra de María Villar Bucete, — que cuando sea conocida ampliamente en América le dará un lugar, si no superior por lo menos igual, al de las más renombradas poetisas del momento, y que si con alguna tiene analogías es con la más honda y pura de todas, María Eugenia Vaz Ferreira, — encontramos una preocupación filosófica casi constante, que se resuelve siempre en una ironía mordaz, que da la sensación de la mujer moderna, amargada ante el espectáculo de la injusticia y de la dureza humanas. Enrique Serpa es el que, en este grupo, tiene una obra más nutrida y completa, y aunque en su iniciación no acertó con el impulso espontáneo y definido en un solo rumbo, ha llegado a vislumbrar su propia senda, forjando su personalidad por el esfuerzo impropio y la perseverancia del insatisfecho.

Hoy, inclinandose al simbolismo y dentro de él, el atirbo del misterio, extrae de su vida de hombre, áspera y amarga, la emoción que su personalidad de artista sabe expresar en forma concreta y

elegante, donde abunda el verso impecable. José Z. Tallet, que desde su reciente aparición se ha manifestado en posesión de una personalidad formada y original, lleva a sus composiciones una arbitrariedad que nos produce una primera impresión de desconcierto. Una lectura más detenida nos lleva a ver que esa arbitrariedad no es tan arbitraria como al principio nos parecía; que sus versos, hechos como al descuido, tienen la belleza difícil del pulimento mental. Un renunciamiento total, unido a un desconsuelo grave y verdadero, sin retoricismo ni encajes de ornamento y artificios es, acaso, la característica del nuevo poeta, que diabólico y mal intencionado contra sí mismo, tiene un fondo íntimo de emoción, un sentido espiritual donde el sarcasmo oculta el fondo sangrante de su pecho. Juan Marinello Vidaurreta cultiva un simbolismo en el que suena la nota casi puramente mística, con las libertades del modernismo bien interpretado. Una tristeza dulce y una tranquila resignación ante la voz ancestral y ascética, constituyen el fondo de sus composiciones. Sabe cuidar su forma de sencilla elegancia y consciente hasta donde es necesario serlo, sabe decir su melancolía verdadera sin lamentaciones románticas ni auxilio de interjecciones y sollozos.

En la producción de Andrés Núñez Olano era notorio un parnasianismo impecable, en sus comienzos; pero de él ha ido librándose para cultivar temas de fondo más emotivo, aunque sin abandonar por eso su perfección de forma. Su maestría en el manejo del verso le ha permitido hacer incursiones en todas las nuevas formas ultramodernas, dando siempre su poesía una sensación de suntuosidad. Ramón Rubiera encuentra su forma de expresión en un simbolismo atrevido, que le permite exteriorizar en composiciones de una perfección acentuada, las emociones más ocultas e inhaprensibles. Enrique Loynaz, el más joven de los que aquí estudiamos, se aparta de la manera vigorosa y fuerte con que la generalidad de los poetas de esta hora, siente e interpreta la varia emoción. Hay en su obra una misteriosa inquietud, un presentimiento como de fatalidad. Influido sin duda por la obra última de Juan Ramón

Jiménez, la forma externa deja de tener significación, para ser sólo el medio imprescindible para transmitirnos la emoción pura. La belleza está en el sentido íntimo del verso, que quiere revelarnos un mundo invisible, del que el poeta se complace en plasmar las impalpables posibilidades. Rafael Estenger alcanza su modo propio, después de haber cultivado la nota sencilla y emotiva, en un parnasianismo puramente formal que deja libertad a un pensamiento audaz e independiente. Rubén Martínez Villena, por último, es sin duda alguna, uno de nuestros más característicos y personales valores poéticos, que pronto ha sabido libertarse de las influencias ambientes en la América Española. Sobresale ostensiblemente por el dominio de una técnica compleja y depurada, que ha excluído toda vulgaridad, por sus temas ajenos a todo simplicismo, por el *humor* que se escurre y diluye en sus composiciones, dando un matiz nuevo en nuestra lírica. Brota su verso como de cierta actitud crítica ante la vida, pero se contenta con sutilizar bellamente sin llegar nunca al reproche. Y hay en todo caso una ironía finísima, que casi siempre surge de una misteriosa actitud con que el poeta rodea su obra, con algo de burlonería diabólica. No encontramos en sus versos sino la palabra noble, sabiamente escogida, buen complemento a la idea fuerte y a la imagen atrevida, pero intachable.



No hemos dado, en estas notas, sino un estudio de conjunto de las características y figuras más salientes de nuestra poesía moderna. Otras, de mérito bastante a veces para figurar en una antología, no han sido citadas para no hacerle más complicada y larga.

De los jóvenes hay que esperar que vayan más allá, y en la perenne revolución que significa todo avance, asombren a los rezagados y conmuevan de un modo desconocido aún a los que con ellos vienen.

FÉLIX LIZASO y JOSÉ A. FERNÁNDEZ DE CASTRO.

La Habana, Septiembre 1924.



Norah Borges - dibujo

C U S T O D I A S

¡Hoy es día de los muertos
y están los árboles jugando con el viento!
Cuántas manos pequeñas y olorosas que rizan
su cabello transido, dilatado y violento.

Las pupilas quisieran inculparse de sombras.
Huir hacia los mares donde la noche sea.
Ver dilatarse en llanto los caminos pequeños
Y en un presentimiento de diluvio, sus montes
levantar como senos de turbación, la tierra.

Pero la luz se desprende del cielo
como un infante rubio, del sueño de una madre.
Y el mundo es un juguete pequeño de sus manos
que avasallan el aire, tibias como palomas;
Y hay una misteriosa perpetuidad del alba
que viste de ternura, los parques y las casas;
Y una ausencia de nubes que ablanda los caminos
del éter para el vuelo de profundos arcángeles...

De espaldas al crepúsculo el día es como un niño
que ensaya con el sol castillos en la playa
¡Qué distantes las brujas del gran-silencio, que abren
las nocturnas mareas de la sombra y del miedo!
¡Qué bella la clepsidra, fulgurante y repleta
como un cofre de joyas que han de apagarse nunca!

Pero mi corazón es un espejo roto
labrado de recuerdos, en que la luz se ciega.
Yo he visto seis miradas, a mis pupilas dóciles,
quedar de pronto fijas y evaporar su estrella
en la certeza opaca del amor de la muerte.
Traspassando el silencio de los muros, estaban
aliviando los ojos, más allá de la carne
como sombras que fueran abandonando un lago.

Por eso yo estaré ya triste hasta la muerte
buscando los fulgores en que ardieron mis sueños.
Ya no soy ese cuerpo traslúcido de danzas
que amaba el mundo frágil de la luz y del aire.
Canto como los bronce de un templo sumergido
cuando acunan las olas, los terrores del viento.

II

¿Hacia dónde caminan esos hombres de luto
cual trozos de silencio de las torres caídos?
Como zarzas ardientes levantan en sus manos
grandes ramos de flores que desnudan el aire.
Pequeños presidiarios, forzados del recuerdo
Santos ocasionales de corazón sin mella:
acercad vuestros ojos a las flores ardientes
así tendrán más lágrimas para el furtivo duelo.

Entraréis a la casa de los muertos, con paso
medroso y mano inquieta de acelerar el tiempo.
La luz tendrá carnales efluvios y los árboles
volcarán desnudeces en los senderos claros.
Y todos estaréis plagados de alegrías

bañando vuestros párpados, como perros dormidos,
de sol; mientras sonríen las habituales vértebras
que doblan vuestra espalda, nostálgica de selvas.

... ..
Yo tengo seis cadáveres, floreciendo la tierra,
circundados por mármoles que llaman al reposo.
Lejanos como estatuas quedaron una noche
custodiando la puerta de mis futuras horas.
Así, donde yo esté la necrópolis arde
con seis llamas livianas que fatigan el viento.
En el vaso del sueño recojo cada noche
la ceniza del día que no logró apagarlas.
¿Para qué deletrear senderos, sorprendidos
por lacerantes pasos, que un año fueron vírgenes?
Bajo la certidumbre de estos ojos rebeldes
al filo de la luz, yo me siento cercado
por murallas de sombra donde mi corazón
golpea como un péndulo seis toques de agonía;
y mis manos sostienen un libro siempre abierto
donde hay ardientes salmos para mis labios fríos.

Ya vuelven los señores enlutados; parecen
viejos daguerrotipos del álbum de las calles.
Pero pasan sonrientes con las manos livianas
de libertad, profundos de inconfesables vuelos.

No. Tú no puedes seguirlos alma mía.
Tu día de los muertos es un eterno día.
Huyamos hacia el mar dolorido y amargo
que olvida, disolviendo los muertos en su seno.
Mientras el viento juega con los árboles claros
y la luz abre al día los palacios del tiempo
pregunta tú a las olas qué dicen en su duelo,

cuando mecen cual madres los cuerpos que devoran.
Ponte en cruz sobre el lomo turbado de la tierra
y lanza al viento joven los nombres de tu angustia
que ya sólo nos queda quebrar todo silencio
buscar en todo un rastro fugaz de los que fueron
y llorar y llorar, todo el tiempo que ellos
no puedan olvidarse de la tierra que vieron.

Brandán Caraffa.



El alma de las cosas inanimadas

EL ESPANTABURGUESES

Era cojo.

Alrededor de la ausencia de su pierna, promoviéronse en el café, ruidosas discusiones.

Aún cuando él aseguraba haber sido mal herido en una refriega proletaria, nadie sabía a ciencia cabal, el origen de tal amputación.

Lo cierto es que la pierna primitiva, con la tibia y el peroné forrados en carne, había sido substituída por una pata de palo nudoso.

Nunca una palabra de aliento escuchó la pierna sana, en cambio, a la desaparecida solían recordarla jocosamente.

La pata de palo, sujeta al muñón, sufría en silencio. Muchas veces desgarraron sus carnes de pino para fijar en ella un extraño tatuaje.

La pata de palo era un extranjero enamorado que no lograba hacerse entender. Al caminar, hablaba sobre los adoquines, un idioma exótico.

El cojo, sentía un infinito desprecio por la pata de palo. No reconocía la importancia de los servicios que le prestaba, y de noche, al acostarse con su pierna viuda, arrojaba al intruso lejos de sí, bajo la cama, junto a burdos y deshonestos objetos de lamentable utilidad.

Ignoraba el cojo, la tragedia de esa pata de palo que jamás supo de las delicias de la vida conyugal. Ni siquiera llegó a entrever el peligro de histeria que amenazaba a la pierna sana en su viudez soltera.

El cojo había hecho una provisión de términos detonantes que, al contacto del aire, producían el estruendo de una bomba de dinamita.

En el café, hablaba del determinismo y de la responsabilidad, para concluir anatematizando al régimen económico actual, al que, por una serie de causas determinadas, hacía responsable del extravío de su pierna.

El revolucionarismo del cojo, consistía en aborrecer a la gente de otra condición social.

Envidiaba, sin duda, la voluptuosidad de una maravillosa digestión.

Dejó de visitar al barbero, descuidó el aliño del vestido, exponiendo a la admiración general los lamparones, que decoraban su traje verdemar.

El cojo evolucionó. Alcanzó a figurar entre los tipos pintorescos. La monotonía del ambiente, que él creyó puerilmente romper, lo asimiló. Y el cojo se hizo tan imprescindible en la ciudad, como el político socialista, el caudillo de barrio y el falso contrabandista que vende productos de un falso contrabando.

Kropotkine encaramóse en el piso superior del cojo, trastornando sus precarias facultades mentales.

Se hizo terrorista. Pero la policía no quiso diplomarlo como tal, omitiendo su nombre en los prontuarios de anarquistas calificados. Y con una condenable paracialidad le permitían que hiciera cátedra en las plazas públicas mientras cuatro arrapiezos le arrojaban puñados de arenilla.

Era todo un espantaburgueses plantado en medio del campo social. Soñaba con poder marcharse un día a Norte América, para espantar a los ventrudos banqueros de Wall Street.

Pero el cojo, no se detuvo ahí. Evolucionaba. Los anatemas contra la burguesía, los construía rítmicamente. Incurrió en innumerables delitos de lesa literatura. Una vez confesó que, desde peque-

ño, padecía inclinación por la poética y que en su chiribitil, guardaba más de trescientos pesos en versos.

Páginas desconocidas para la multitud, porque alguien que maniobraba en las sombras le cerraba las puertas de todas las publicaciones.

La consecuente pata de palo y la pierna sana, lo guiaban de redacción en redacción. Allí escuchó, con gran seriedad de espíritu, las más variadas burlas sangrientas. Llegaron a decirle que las generaciones venideras utilizarían cráneos como el suyo, para pavimentar las calles de la ciudad.

El espantaburgueses estaba en camino de amontonar una colosal fortuna en versos, cuando logró salir del anónimo.

Los poemas que él nunca logró leer en letras de molde, tendrían ahora mejor y más duradero destino: el mármol.

Además, la crítica no se cebaría con él. Zoilo jamás penetraría en el camposanto.

El cojo llegó a ser el poeta de moda en los cementerios. Sus versos emocionaban a las familias de novelas por entregas y retratos al lápiz.

Escribió un poema recordatorio a una joven suicida, y otro a un enamorado víctima de un fatal accidente de tráfico.

Dejó de frecuentar el café y las plazas públicas para hacer vida de cementerio.

Caminaba a saltitos, de tumba en tumba, con su pata de palo debajo del brazo. Prosternábase religiosamente ante el R. I. P. de las lápidas y releía su nombre grabado en el mármol. Esto lo emocionaba y humedecía sus ojos.

Compartió con el sepulturero la amistad de los muertos y como la pata de palo le estorbaba, la arrojó al otro lado de la tapia.

EL TELÉFONO EPILEPTICO

En la casa solitaria el silencio acortinaba las paredes con musarañas y envolvía en polvo los muebles y las cosas.

Amortajado de olvido, el aparato telefónico, hacía vida de ermitaño en un rincón de la estancia. Por momentos, en el brillo metálico de su pequeño sombrero niquelado, parpadeaba la vida. Síntoma de inquietud. Nerviosidad del que espera inútilmente. Deseo de volver a escuchar las confidencias que alguien le decía al oído, para llevarlas corriendo a lo largo del hilo de cobre revestido de cinta aisladora, también estremecido de emoción.

La Muerte condenó las puertas de la casa y dejó huérfano de amistad al teléfono.

El auricular, que en vano esperaba la mano amiga, hallábase poseído de un sentimiento de desolación.

En la noche dejábase oír la entrecortada y jadeante respiración del teléfono.

Gemía débilmente: Rin... rin...

La perplejidad, o el miedo tal vez, hacía permanecer quietas a las cosas extraviadas entre montones de sombras.

En las horas de la mañana, un rayito de sol, filtrábase por la abertura de un postigo, furtivamente. Por eso su visita era breve. Visita de médico. El teléfono, tranquilizado, cesaba en sus convulsiones epilépticas y se quedaba dormido.

Su estado era cada vez más grave. Pasaba las noches en un continuo delirio agitando incesantemente la horquilla de níquel.

La gente que vivía en los alrededores, picada de curiosidad, llamó la atención de las autoridades, las cuales, para justificar su oficio, decidieron llevar a cabo una pesquisa en la presunta casa de Tócame Roque. Provistos de llaves ganzúas abrieron las puertas y se zambulleron en el silencio claustral de la finca solitaria.

El teléfono volvió a quejarse en un continuado hijo. Rin... rin... rin...

Y cuando el primer hombre se acercó y cogió entre sus manos la horquilla de níquel que sostiene al auricular, lanzó un grito de espanto, deshaciéndose en violentas contracciones.

El teléfono habíase agarrado a él como a una tabla de salvación y no le abandonaba la mano.

Las autoridades comprobaron que el desdichado había sido víctima de una fuerte corriente eléctrica.

LA SILLA BACILOSA

Tenía, esta silla, el alma de Cenicienta.

Trabajaba día y noche ofreciéndose al cansancio o al aburrimiento del primer parroquiano, en un bodegón infame, en cuyo techo de vigas ennegrecidas por las moscas y el hollín, había reminiscencias de cocina hogareña.

Siempre humilde y sufrida, permanecía en su puesto con la adhesión incondicional de una vieja nodriza, soportando estoicamente el petulante balanceo del cómico de la legua o el cansancio enfermizo del lunático bebedor de ajeno, como Verlaine.

Ella guardó el secreto de muchas vidas intensas. Gerardo de Nerval, una noche le dijo al oído que se ahorcaría del primer farol.

Los mozos del servicio, inconscientemente, fueron adquiriendo algo de su alma. Los días de descanso aburríanse por las calles y volvían a la taberna. Pero, nunca, nunca, llegaron a comprenderla. Por eso la trataban brutalmente. Jamás le fué dado respirar al aire libre, permaneciendo oculta entre las nubes de humo, las emanaciones de los cuerpos y el vaho nausebudo que envolvía la atmósfera del bodegón.

Vivía la vida mísera y sentimental de una camarera de café-concierto. Y se enfermó de un mal incurable.

Gajes del oficio. Alguien la había contaminado. Quizás algún sujeto tabernario de esos que beben vino y escupen sangre, o algún periodista hambriento que apoyara en ella su desconsuelo.

La pobre silla bacilosa, continuaba heroicamente en pie. Pero una noche, no pudo resistir el peso de un cuerpo, sintió flaquear sus piernas y se desplomó lanzando un débil gemido. Al día siguiente la enviaron al hospital; pero, no tuvo cura. Tenía la piel de madera, agujereada. Como si hubiera padecido viruelas.

Triste destino el de esta silla obrera, más útil que cualquier cachivache de museo.

Murió de enfermedad contagiosa y sus restos fueron arrojados a la estufa.

Se consumió sin un reproche, arrojando la estancia en tibieza de nido.

El fuego, gran purificador, la convirtió en cenizas.

Enrique González Tuñón.

1925





Norah Borges - dibujo

A L C Á N D A R A

Después de haber volado tanto
vuelve a su alcándara el halcón.
El halcón es mi corazón
y la alcándara es este canto.

Mi vuelo es lento porque aguanto
con garra ardida a la emoción:
fenix virtual, cuyo plumón
en mi ardimiento es como amianto.

A mi vuelo, breve guarida
destinando van, una a una,
las alcándaras de la vida.

Y en realidad, esta inquietud
va de una alcándara, la cuna,
a otra alcándara, el ataúd.

T R I A D A S D E A M O R

Dejé mi corazón
enterrado a la sombra
del árbol de tu voz.

Y el árbol de tu voz
florece palabras
de amor.

Y el árbol de tu voz
tenía la blancura
de mi antiguo candor.

Y el árbol de tu voz
devolvía el aroma
de mi propia emoción.

Y el árbol de tu voz
sazonaba su fruto
de amor.

Y el árbol de tu voz
lo desprendió, maduro,
sobre mi corazón.

Como mi corazón
era el fruto del árbol
de tu voz.

Francisco Luis Bernárdez

(Del próximo poemario ALCÁNDARA).

LES FRERES DURANDEAU

DE PHILIPPE SOUPAULT

En este libro Philippe Soupault ha cambiado su estilo de frase corta y ritmada, que ya era un repiqueteo algo monótono para prosa.

A pesar de todo tenía más halago de forma en sus obras anteriores que en esta, pues aunque fuera una cosa querida y rebuscada, demostraba una inquietud de espíritu mayor, una persecución tras formas nuevas que aunque no fueran totalmente logradas, despertaban gran interés. Hablo sobre todo de "Le Bon Apôtre" (edición de la Revue Européenne).

"Les Frères Durandean" es el triunfo del espíritu de familia malgrado la diversidad de los caracteres y sensibilidad de sus componentes. Es la atestiguación de distintos estados de espíritu en los pequeños hechos cotidianos.

Los caracteres están perfectamente definidos. Este libro está hecho con tres personajes centrales: Louis, Emile y Pierre Durandean y una media docena de secundarios, entre los que se mueven los hermanos Durandean.

Louis, el hombre práctico absorbido por sus negocios, por la necesidad de acción continua y por la voluntad de dominio de sí mismo y de los demás; Emile el especulador elegante e imprevisor, que vive por y para la impresión del momento, y Pierre el artista - filósofo despreocupado de todo, inquieto, inestable, mudadizo, que no se ha encontrado bien frente a sí mismo, hasta la imposición voluntaria de su disciplinario retiro en la más absoluta soledad, durante un mes.

La perfección de ambiente "Les Frères Durandean" es admirable y absorbe tanto la atención del lector, que el viaje por sus

páginas no puede interrumpirse hasta llegar al puerto del punto final.

El capítulo XI en que se define la personalidad de Pierre es el más afín a mis gustos, descontando el Epílogo que es el punto culminante del libro y en el que el autor se busca y explica su sentir.

Hay hasta un cambio de tono y por lo tanto de forma que está más de acuerdo y tienen más armonía con las otras obras de Soupault; hay una profunda filosofía sin grandes gestos y grandes frases y en tres trazos encarrila la vida futura de sus personajes hasta dejarlos orilleando la muerte. Por eso trataré de traducirlo para tener el goce de despertar otras curiosidades por la obra de Philippe Soupault uno de los más destacados escritores de la joven literatura francesa.

Adelina del Carril.

Febrero de 1925.

E P Í L O G O

¿Se sabe acaso, verdaderamente, se sabe el color de los días y la igualdad del tiempo?

Los cálculos más exactos y hasta los decretos de la Providencia, están siempre plagados de errores. Las fechas que se apuntan, como huevos de un bello tiro al blanco de romería, son simples reflejos de un asustadizo juego de espejos. Son tiros de fusil en el agua. Cuando avanzamos en esta llanura muy verde, muy roja o muy azul que llamamos con o sin razón nuestra vida, acaso llevamos a cuestas bastones, provisiones, o una carpa, un viático en fin! ¡Ay! los que se creen los más fuertes, no tienen en la cabeza más que algodón hidrófilo y manos de yeso.

Nuestro carácter traza nuestro destino con la ayuda de tinta de color: a veces es de un lindo efecto, pero quién piensa en emplear esos ácidos que saben horadar en la piedra, en el agua, y en el cielo los invencibles del destino? Jugamos una de las cartas, y las figuras son diestramente reemplazadas por gotas de sangre o por lágrimas: He conocido una mujer que jugaba con sus ojos, pero, como es justo, trampeaba sin siquiera darse cuenta.

No hay perdón en esta tierra. Nuestra actitud preferida, de nosotros humanos de faz patibularia, es la de esperar en un trono de arena construido por hormigas, pequeños segundos de nuestra infancia. Miramos, a veces demasiado ávidamente, el horizonte que se infla y acerca y olvidamos necesariamente que el sol se aleja. Es por miedo a la vejez que fingimos admirar más que todo en el mundo la belleza de una tenebrosa puesta de sol, el vértigo llameante de las nubes y el sueño purpúreo de la tierra? Nuestro trono, el verdadero, no es quizá de este mundo.

Tenemos más mal que hacer que el de buscar sus verdaderos asientos. Estamos dotados de una voz de oro y de gestos fosforescentes y nos contentamos con agitar banderitas rojas o negras. Algunos pretenden que estos símbolos son simplemente los síntomas de nuestra inquietud. Cuando nos miramos en un espejo, buscamos límites, cuando queremos admirarnos en un espejo sin mercurio, el mundo nos parece verdaderamente pequeño, pero cuando cerramos los ojos, aprendemos que esta famosa inquietud de los domingos y de los días de lluvia es sin límites. Con nuestros dedos de pequeños sabios, apretamos nuestros párpados y el globo de nuestros ojos: ruta, zanjas o precipicios nos aparecen. Dóciles como cadetes, nutridos de rebelión interior, avanzamos con botas de siete gozos, con nuestro coraje a dos manos; pero una piedrita, que digo, un guijarro, o lo que es peor, un agujero nos hace tropezar y abrimos los ojos.

Entonces... Entonces... Pero, ¿qué hay que agregar? Uno

se lo puede preguntar sin sonreír. Entonces percibimos un torbellino, una especie de ruleta de Mónaco, un pequeño mundo. Y en un charco de agua, malgrado nuestro tedio, nos confesamos que somos hechos a la imagen de ese mundo. Bien entendido que para acusar buscamos nombres: estamos obligados a nombrar lo que denunciarnos: eres tú Europa, eres tú Literatura, eres tú Flor que los sabios llaman Belleza, eres tú, yo. Y así sucesivamente.

He aquí fronteras, otros colores, he aquí los lagos, los pequeños océanos, las montañas rusas, los árboles grises, he aquí los vientos, los humos, las carcajadas. Heos aquí, vosotros también, ironía con boca de sapo, con mirada de locomotora. ¿Quién osaría llamar a todo esto momento musical? ¡Oh, Tierra, tú giras, pero cruel, tú nos dejas girar! Somos tus esclavos, humildes, miserables, enamorados; no podemos separarnos de ti. En verdad los perros son más dichosos que nosotros, puesto que se atreven a ladrar a la luna y dormir sin sueños.

Tierra, cuando alguna locura nos aleja de ti, acuérdate de nuestra alegría palpitante cuando te invocamos y que, desde nuestros brazos, desde nuestros labios y desde nuestros corazones gritamos perdidamente, más cobardes que monstruos marinos, mientras nuestra voz se torna suave para decir: ¡Tierra! ¡Tierra!...

Otros creen resolver la ecuación de su sexo y de su corazón leyendo en las líneas de sus manos. Como el más vulgar de los boxeadores, ellos se entrenan escribiendo versos translúcidos. Se venden en ciertas tiendas máquinas maravillosas que son más hábiles que esas cabezas pesadas. Abandonemos los rebaños de poeta. Ellos están vacunados.

Yo conozco un hombre que representa encerrado en un taller a creerse él mismo. Encuentra un niño, un frágil niño y se golpea el pecho de gozo. Que otros en vez de mí hagan su apología. Yo no tengo tiempo que perder. Las agujas giran con

una tal rapidez que mi mano tiembla más violentamente que la de un asesino florecida de un revólver. Experiencias decepcionantes malgrado todo y malgrado nosotros. Todas las historias que se cuentan y todas las que se contarán valen el último soplo de un ahogado? Qué gloria para el que está rodeado de agua por todos lados la de vencer una sola vez este elemento, su mortal enemigo, el agua que va aplastarlo con la dulzura de una madre, esta dulce madre que lo acunara entre la tierra y el cielo.

Cálculos, métodos, crisis que para ciertos espíritus no son más que vaga, nublada, telemetría.

Los últimos-nacidos tienen dientes de lobeznos, ojos casi negros y una frente seca como la arena. No se les engaña con horizontes de tela pintada, con precipicios de cifras. No se trata para ellos de malabarismos y de jugar con ecuaciones prolíficas. Pero olvidan, pues, la vida sin cortejos, sin océanos de vinagre, la vida totalmente simple, sin una gran V? Señores plastronados, magisters en harapos, profesores para personas pálidas, no ofrescáis más a estos vagabundos de día este alimento espeso y hueco! Los apetitos son más fuertes.

Apetitos de velocidad primero. Cuando un gran viento inflado por todas las fuentes aéreas, pasa como un meteoro en el cielo purpúreo, cuando un grano de arena levantado por su propia fuerza estalla en el círculo de la noche, todos los rostros quedan congelados. Sólo los hombres incalificados oyen el llamado majestuoso y responden: "¡Henos aquí, nosotros, nosotros!". Demasiado débiles quizá para decir: "heme aquí".

Que ellos encuentren el amor en traje de primavera, con sombrero endomingado y es un gran relámpago más rápido que un último suspiro. Este rayo con dedos de rosa, con labios de cobre, los abrasa y, bajo este aliento, su corazón se derrite. Y mientras los días en que el aire acarrea el cloro, en que el olor de los bosques se descompone como un cadáver, su coraje es de organdi, su deseo de plomo. No esperan nada más y bruscamente un es-

pejo profundo como un cráter levanta ante sus ojos su imagen, fantasma de fantasmas.

Y ahora que asimismo no se les venga a proponer el culto del sexo. ¡Creced y multiplicaos! Sus sueños son más fuertes. Este pequeño mercado de chascos no se les impondrá. Que los que toman su poder o su falta de poder por brújula vayan a hacerse cuidar a otra parte. Hay en ciertas ciudades institutos especialmente consagrados a esta terapéutica. ¡Que no se haga tomar faros por estrellas! Y ellos, los mismos, saben bien que los adulterios tienen siempre olor a encerrado y que las más lujosas casas de prostitución son callejones sin salida. Manía, manía. No se explica nada con una palabra, no se vive con un órgano, no se alimenta uno más que de pan. Los hábiles, los que no confiesan su obsesión y que la disfrazan jugando al football y pegando gritos de alegría por ver un toroso, son hipócritas de corazón blando, con saliva de agonizantes. Que no se hagan ilusiones. Su amor al sport, parece una enfermedad secreta.

Hay muchos otros hombres. Hay también hombres simplemente. Yo los he llamado Durandeau. Son hermanos: son hechos de la misma carne, la misma sangre corre en sus venas. Vosotros sabréis reconocerlos puesto que son el mismo, trinidad. Y helos diferentes, alejados los unos de los otros, tres hombres, tres enemigos, tres hermanos. Luis el mayor, continua su camino. Puede que algún día sea ministro, presidente de la República, embajador. El otro Emilio, caza su deseo delante suyo. Corre jadeante y lo alcanza. ¡Pronto será rico! Comprará su placer con el mismo frenesí mientras su hermano Pedro alimentará su inquietud y aislará quizá su alma. Piensa en su alma, siempre en ella, como si esperara al fin verla y tocarla. La vejez se acerca a ellos. Apenas si oyen su paso ligero y regular. Como niños quizá se entristecen de un pelo blanco, de un reumatismo. No sabrán sin duda jamás que la muerte está en su cabecera.

Los Durandeau continúan los tres con esta fuerza y esta de-

bilidad que los caracteriza. Ellos continúan: no hay otra palabra.

Gabriela Durandean, después de una estadía en Suiza se restablece y, algunos años más tarde echa al mundo un hijo. Toda la familia supo este acontecimiento con una alegría no disimulada, emocionada para Madame Durandean, orgullosa para Luis, enternecida para Emilio, ligera para Pedro. Pero todos pensaron: El nombre Durandean no se perderá. Estaban ahora tranquilos y pronto no prestaron más gran atención a ese fragmento de ellos mismos, lloriqueante y rojo.

Un día Madame Durandean llora porque su hija no se casa. Algún tiempo después llora aún porque Elisabeth va a dejarla para fundar un hogar. Ella quedará sola para esperar sus hijos, su hija, su yerno, sus nietos. Un día Madame Duchesne morirá. Y las disputas estallarán en el momento de la liquidación de la sucesión. Vilainville reclamará un tapiz de precio, el solo objeto que codiciaba desde tiempo atrás.

Todos los fantasmas esperan.

Philippe Soupault.

Trad. A. d. C.





Norah Borges - dibujo

Palabras a Ricardo Güiraldes

*(Post - crepúsculo
en la ventana de un hotel minúsculo.)*

I

Mi querido Ricardo: Este verano,
— inofensivo como indio chiriguano —
se deja tocar con la mano.

Con una prisa salvaje,
salí de allí con mi sintético equipaje,
y muchas toneladas de coraje,
y la revista en un bolsillo de mi traje.
Me desprendí de la urbe tan amada
de Buenos Aires. ¡Si supieras!
Ya no me daba nada...
Y quedaron sin luces mis vidrieras.

Aquí vendrá a buscarme algún enorme barco,
(tal vez cambie de ropa)
para cruzar el gran charco
y presentarme a Europa.
(Que no deje de oír el verso de la sopa...)

Tengo tus palabras de aliento,
— un empuje de viento —
la voluntad de mi brazo,
el equipaje ágil de mi optimismo.
Soy de la tierra de Facundo, de San Martín y Sarmiento

y heredé un entusiasmo machazo
y un desordenado lirismo.

Voy a pegar
ejemplares de PROA y las hojas de Evar
por la calle más larga,
por la calle del mundo.
(Aunque mi rostro vagabundo
ha florecido una sonrisa amarga...)

¿Qué dice mi querido Don Segundo
Sombra, tu hombre magistral?
Ah, cuántos surcos voy a abrir
en las almas para sembrar
tu fe en el Porvenir
de la raza y tu amor, al arte de cantar.

(De vez en cuando voy a bailar
tango con caña en la ribera...)

Este reloj de mi nerviosidad
cómo se desespera!
Vino ayer y ya quiere marcar
la hora en otra ciudad.

Cruza la noche, calma como una barcarola
mi soledad.
Te escribo, a cada golpe de ola.
Lejos de aquí, mi amada está tan sola...
Una pausa: la voy a recordar.

II

¡Y qué hacemos aquí! El verano con flores,
propicio a la canción.
Nuestra fogosidad — cinco en un corazón. —
Si va mal, pintaremos veladores,
haremos epitafios, frases para doctores...
Si nos arrojan del hotel de la Fortuna
mojaremos nuestro pincel en la luna.

Es lindo tomar mate con alfajores.

Estoy en una casa que hace esquina,
en una calle con sabor a pan.
aquí no llega
el tirabuzón de la bocina.
La luz es mansa, suave, casi ciega.
Oh, proa del crepúsculo
mi casa que hace esquina!

Ciudad mía, tan cerca y tan lejana.
Ricardo: has de decirle
que aquí me desposé con la mañana,
y que pienso escribirle
al zarpar para arriba.
Viva la joven juventud y viva
la burbuja dorada que hay en nuestra inquietud!

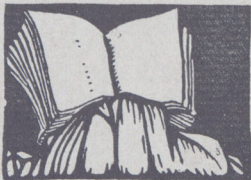
(Mi hermano Enrique siempre es una carcajada
dentro de un ataúd...)

III

Baja la luna y anda despacio, caminando.
Aquí tengo tu mano y la estoy estrechando.
Hasta luego. Saludos. Yo saludo cantando.

Montevideo 1925.

Raúl González Tuñón.



Impreso en los talleres
G. RICORDI E C.

No hay artículo de tocador tan imprescindible y beneficioso para una higiénica "toilete", como el agua de colonia; y si esta es de buena clase se duplican los beneficios. En el AGUA DE COLONIA

A N T I N E A

tiene usted un producto de superior calidad y exquisito perfume, de perfecta destilación y notable persistencia odorífera, que por su fabricación económica se halla al alcance de todos.

PRECIO: 1 frasco \$ 5-

1/2 frasco, \$ 2.65: 1/4 frasco, \$ 1.65: 1/8 frasco, \$ 0.70

Perfumería MENDEL

En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4459. - En Rosario de Santa Fé:
Calle Entre Ríos 864 - En Montevideo: Calle Cerrito 673 - En Asunción
(Paraguay): Calle Alberdi 217

PIELES LOPEZ

FUNDADA EN 1880



PARIS,

37 Boui de Strasbourg.

BUENOS AIRES

Florida esq. Córdoba

U. T. 31, Retiro 0166

DOSE



Administración
de propiedades
y mandatos

CANGALLO 467

U. T. 31, Retiro 0166



CAFES TORRADOS AGUILA

Café AGUILA Superior

CHOCOLATES AGUILA

CHOCOLATINES
AGUILA

BOMBONES "NEC PLUS ULTRA"

Fabricas en
BUENOS AIRES
y
MONTEVIDEO

150
SUCURSALES
SUDAMERICANAS



FABRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACION GENERAL
CALLE HERRERA 855 BUENOS AIRES

F. GEORGES

Les meilleurs modeles
des grands couturiers

PARIS

35 - 37 BOULEVARD

BUENOS AIRES

658 CHARCAS

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES

Alfredo A Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO

Emilio Suárez Calimano

DIRECCIÓN

LIBERTAD 543

Buenos Aires

ALFAR

DIRECTOR

JULIO J. CASAL



Cantón Pequeño 23

LA CORUÑA

ESPAÑA

Dr. E. R. Bernasconi Cramer

OCULISTA

1468 - JUNCAL - 1468

U. T. PLAZA, 1511

Dr. Carlos F. Rophille

Médico Interno del Hospital N. de Clínicas,
adscrito a la Cátedra de Medicina Operatoria.
Jefe de trabajos prácticos de Clin. Ginecológica

1637 - VIAMONTE - 1637

Consultas de 16 a 17

Unión Telef. 2973, 3421 y 1000 Juncal.

Dr. ANTONIO EGÜES

Médico del Instituto de Clínica Quirúrgica
Hospital de Clínicas. Consultas de 14 a 18 h.

2009 - MELO - 2009 - 2er. Piso

U. T. JUNCAL 2066

ARTURO J. RISOLIA

MÉDICO CIRUJANO

736 - PUEVRREDON - 736

U. T. Mitre, 0955

ANTOLOGIA

Director y Administrador

Enrique Días de
Guijarro

Estados Unidos

1158

U. T. 25, B, Orden 1190

Buenos Aires

NUEVA GENERACION

Revista Mensual
de Arte

DIRECTOR

N. Peña y Thode

Dirección y Administración

Arenal Grande 1784

MONTEVIDEO

INICIAL

Revista de la Nueva
Generación

Directores

Roberto A. Ortelli, Home-
Guglielmini, Roberto
Smith, V. Ruiz de Gala-
rrera.

Dirección y Administración

Avda. de Mayo 634

GHISO

JOYEROS

ALHAJAS - PLATERIA

Representantes únicos de los Cristales de René Lalique

ANTIGÜEDADES

Porcelanas de China, Persia, España, Francia e Italia

[Cristales de roca, jades, lacas y lacas coromandel.

Abanicos, miniaturas, relojes, muebles, cuadros, tapices, arañas
y pinturas decorativas.

FLORIDA 778-82-86

Buenos Aires

U. T. 51, RETIRO 0051

Sucursales París: 13 RUE AUBER

Cooperativa Artística Ltda.

CORRIENTES 641

U. T. 2858, Avenida

Grabados

Agua fuertes

Objetos de arte



Reproducciones

de arte antiguo

y moderno

GRAN TALLER DE MARCOS

PRECIOS EXCEPCIONALES

PROA

AVENIDA QUINTANA 222

PRECIO DE SUSCRIPCION

Trimestre \$ mn. 2.50

Semestre „ „ 5.—

Año „ „ 10.—

EXTERIOR

Año \$ o/s. 5.—

PROA vivirá si consigue bastantes suscriptores. Suscribase y suscriba sus amigos.

Número suelto \$ mn. 1.—